

A. Cortina (2017). *Aporofobia, el rechazo del pobre*. Barcelona: Paidós, Col. Estado y Sociedad.

Alfredo Esteve Martín^a

Uno de los grandes retos a los que se enfrentan las sociedades occidentales es el de poder articular unos valores democráticos cívicos más allá de lo institucional, de modo que los móviles sociales no vayan de arriba abajo, o cuanto menos que no vayan únicamente de arriba abajo, sino también de abajo arriba; es decir, que las voluntades individuales no tengan que esperar a que, desde lo institucional, se les diga lo que tienen que hacer, sino que desde ellas mismas se pueda articular una voluntad común, “desde abajo”.

De este modo, lo ético de una sociedad no sería algo prescrito por los poderes correspondientes, ya que estaría incorporado a sus hábitos, costumbres e instituciones.

LA ETICIDAD

Esto es a lo que Hegel se refería cuando hablaba de “eticidad”, de modo que el gran logro de una sociedad sería que eticidad y ética coincidieran, y que no hubiera una brecha entre ellas (tal y como Kohlberg pone de manifiesto en referencia a la situación de las sociedades occidentales).

Pues bien, una de las manifestaciones de esta brecha es el motivo de este libro de la profesora Adela Cortina, último trabajo publicado, aunque no por ello una preocupación reciente, todo lo contrario. Como nos dice ella misma en sus páginas iniciales, hacía ya más de veinte años que, en distintos medios, comenzó a exponer lo que podríamos

^a Profesor de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.
E-mail: alfredo.esteve@ucv.es



denominar primeras “semillas” de esta cuestión (publicaciones en diarios, páginas en distintos libros...), las cuales, con el paso de los años, fructificaron en este libro.

APOROFOBIA

Creo que no se puede negar que el feliz neologismo que da pie al título es uno de sus atractivos más notables, independientemente de que el texto abarque una problemática más amplia que la que él mismo delimita, problemática en la que se engloba y con la que está íntimamente relacionada.

Como muy bien nos comenta la autora, para poder hablar de una realidad hay que ponerle nombre, y en el caso de las realidades sociales no ocurre algo diferente: “estas realidades sociales necesitan nombres que nos permitan reconocerlas para saber de su existencia, para poder analizarlas y tomar posición ante ellas”. En caso contrario no es que no existan sino que permanecen en el anonimato, en el subconsciente social podríamos decir, ejerciendo una influencia que no por no ser identificada deja de ser efectiva. Este sería el caso de la “aporofobia”.

En estos años actuales nos encontramos en una situación que, si bien no podemos afirmar que sea totalmente nueva echando la vista atrás sobre la historia, sí que es cierto que adquiere en nuestra época unos caracteres que la hacen

diferente y la acentúan de manera específica.

Este término se refiere a ese sentimiento que de modo generalizado se ha despertado en nuestras sociedades como réplica principalmente a la afluencia de numerosos grupos de personas y familias, las cuales, a causa de los grandes conflictos existentes en diversos territorios fuera de la vieja Europa, sencillamente huyen de los peligros de sus lugares de origen, en primera instancia para salvar sus vidas, y en segunda para intentar ganarse la vida pacíficamente.

El sentimiento generalizado hacia ellos no es exactamente xenofobia, ni racismo, pues no es un rechazo al extranjero por ser extranjero. Basta observar con qué satisfacción es acogido el turista, o el futbolista de moda, o el magnate inversor, de otras razas.

En realidad de lo que se trata es de fobia “a este tipo de extranjeros”, extranjeros que no pueden ofrecer nada a cambio, que vienen a remover nuestra rutina y nuestra comodidad, que llaman a nuestra puerta sencillamente pidiendo ayuda.

Por eso es aporofobia, porque es rechazo al pobre (del griego *áporos*), al desamparado, al que en definitiva no tiene nada que ofrecer, quizá tan solo problemas; una figura que no “cabe” en una sociedad economicista, en la que priman los contratos del “dar y recibir”, el intercambio mercantilizado (más allá de las relaciones económicas o financieras), de manera que quien no entra en esta rueda



no es bien recibido. Un rechazo que no es exclusivo del refugiado sino del que también son víctimas los “sin hogar” de nuestra sociedad; un rechazo que se torna violento no pocas veces, como ponen de manifiesto ONG y distintas instituciones.

DE LOS DISCURSOS DEL ODIOS A LOS DELITOS DEL ODIOS

Efectivamente, la pendiente de los “discursos del odio” a los “delitos del odio” es suave y resbaladiza, y es preciso caer en la cuenta para no dejarse arrastrar por ella; tarea en la que han de colaborar desde las instituciones públicas hasta cualquier individuo integrante de la sociedad civil.

“Por eso, a mi juicio, el camino para superar los delitos y los discursos del odio es la construcción de la igualdad desde la educación, formal e informal, y desde la conformación de instituciones políticas y económicas que la encarnen. Sin esa conciencia de la igualdad, que tiene que ser a la vez racional y sentiente, la dignidad de las personas se ve inevitablemente violada y es imposible construir una sociedad justa”.

Uno no puede dejar de preguntarse por el hecho de que en las sociedades occidentales siga habiendo pobreza. ¿Seguiría habiéndola si todos fuéramos como debíamos ser? No se trata de hacer reflexiones fáciles ni aseveraciones grandilocuentes, sino de cuestionarnos

por qué estamos acostumbrados a verla cada día, cada mañana, como si no pudiera ser de otra manera.

Estamos acostumbrados a un paisaje urbano en el que un ingrediente casi indispensable sea el de compartir nuestra jornada con personas sin recursos, rodeadas de pobreza y miseria, de soledad y tristeza. Cuando erradicar la pobreza ya ha dejado de ser un acto de caridad –como nos recordara Nelson Mandela–, para pasar a ser un acto de justicia.

¿Podemos pensar que habrá paz en nuestra sociedad, paz de verdad, paz auténtica, mientras haya injusticias y desequilibrios económicos de tal calibre? No tiene sentido seguir pensando que el devenir del mercado propio de la economía occidental equilibrará la situación económica, cuando lo que provoca no es sino que los ricos y poderosos sean más ricos y poderosos, y que los pobres e indefensos sean más pobres e indefensos. El mercado abandonado a sí mismo acentúa las diferencias, no las reduce.

LEJOS DE LA UTOPIA

Lejos de utopías idealistas, la profesora Cortina es consciente de que una actividad institucional es necesaria pero no suficiente, abogando en consecuencia por una cooperación entre el Estado y la sociedad civil.

En este doble ámbito, el derecho ocupa un lugar privilegiado: institucionalmente, porque es necesario recurrir a



él para penalizar estas situaciones; pero también civilmente, y ello por un motivo muy sugerente: “no solo porque el derecho tenga una función punitiva y rehabilitadora, sino también porque tiene una función comunicativa”. ¿Cuál? “La de dejar constancia de que esa sociedad no está dispuesta a tolerar determinadas acciones, porque violan los valores que le dan sentido e identidad”.

En este sentido la colaboración de la sociedad civil es indispensable, pues de lo contrario los poderes institucionales se encuentran seriamente limitados: “el Derecho y el Estado son imprescindibles, pero no bastan: es necesario la contribución de la sociedad civil”. Porque no se trata de calcular hasta dónde puedo llegar con mis acciones para que estas no sean punibles, sino de lograr que mis motivaciones impliquen desde su raíz la consideración del reconocimiento y respeto por la dignidad del otro, y ello incluso desde una actitud activa.

LOS ORÍGENES DEL SENTIMIENTO DE AVERSIÓN

A lo largo del libro, la autora analiza los orígenes de este sentimiento de aversión, fundamentados, en su opinión, no solo en factores sociales o históricos, sino también biológicos y evolutivos, y consecuentemente arraigados en nuestras estructuras neurales.

En el seno de dicho análisis, van apareciendo una serie de términos relevan-

tes definidos rigurosamente: pobreza, libertad de expresión, sociedad democrática, odio (en este contexto), reputación, libertad, respeto... páginas que –a mi juicio– la autora aborda con precisión desde su vasta formación y experiencia académica.

Distintos autores van y vienen con frecuencia, expuestos de un modo cercano y asequible para los que no nos movemos con soltura en este ámbito, lo que facilita la lectura y comprensión.

El análisis evolutivo de la especie humana se realiza atendiendo a los estudios *neuroéticos* más recientes. El interés radica en el rastreo de hasta qué punto esta tendencia de rechazo al desconocido pueda ser algo “grabado” en nuestras estructuras fisiológicas a causa de nuestra necesidad de supervivencia en los primeros tiempos. La configuración actual de nuestros cerebros sería el resultado de un modo de comportamiento adoptado durante muchos miles de años, en los que ha primado la necesidad de supervivencia, así como el contacto cercano con los miembros del grupo. Ello ha provocado que nuestro carácter esté fuertemente relacionado con estos dos aspectos, de manera que prioriza nuestra preocupación por los cercanos (tanto a nivel cognitivo como afectivo) y vive en clave de mera supervivencia en entornos extraños, frecuentemente hostiles y agresivos, lo que genera la desconfianza y el temor ante lo desconocido.

Evolutivamente, parece que aquellos grupos en cuyo seno primaban las ac-



ciones de reciprocidad frente a las del máximo beneficio salían triunfantes, y alcanzaban mayores posibilidades de supervivencia que los segundos. Es la victoria del *homo reciprocans* frente al *homo oeconomicus*.

Consecuencia de todo ello es el hecho de que en entornos cercanos poseamos un comportamiento más “cálido” que en principio nos cuesta mantener en entornos más amplios (característicos, por otra parte, de nuestra situación globalizada actual).

Y es aquí donde cabría situar el origen de la aporofobia: el rechazo al desconocido encajaría en este esquema de temor a lo que excede el entorno grupal, al poner en peligro la seguridad del clan.

ALTERNATIVAS

Desde este punto de partida, legitimado según el cuadro que nos ha dibujado la autora, cabrían dos posibles alternativas, opuestas entre sí.

La primera tiene que ver con el hecho de que la situación que hoy en día podemos reconocer en buena parte de nuestra sociedad –motivo del presente libro– no es tanto de recelo o temor ante lo extraño como de odio o fobia: no es lo mismo “recelo ante lo desconocido” que “fobia ante lo desconocido”.

Quizá este tránsito pueda comprenderse aludiendo a un segundo factor que la profesora Cortina pone sobre el tapete: el de las estructuras sociales; porque

las estructuras fisiológicas evolutivamente adquiridas no tienen la última palabra.

En efecto, el condicionamiento biológico, si bien es significativo, no es determinante pues, independientemente de que poseamos unas estructuras así configuradas en nuestra fisiología para salvaguardar la supervivencia evolutiva, gracias a la plasticidad de nuestro cerebro pueden ser modificadas... pero eso sí: para bien o para mal. En este caso sería para mal, ya que ese “aprendizaje” que nos lleva del recelo al odio estaría causado por un desafortunado marco social, egoísta y violento. Sin embargo, con esto no está todo dicho.

Y no lo está porque, desde la consideración de que lo específicamente humano es esa combinación misteriosa de lo biológico y de lo cultural, lo cultural también puede dirigirnos hacia el otro sentido (la segunda alternativa a la que me refería), hacia la búsqueda de otras categorías veladas, íntimamente humanas, tales como dignidad o compasión, “que rompen barreras y se extienden universalmente”.

Es aquí hacia donde apunta la profesora Cortina. Porque el caso es que hay un “algo” en la especie humana que, incluso en los contextos sociales más adversos, no nos deja satisfechos. Más bien al contrario, genera en nosotros un profundo desasosiego, una radical insatisfacción. Para poner esto de manifiesto, la autora apela al gran valor y alto reconocimiento que ha tenido desde



siempre el ejemplo de la hospitalidad, patrimonio de todas las culturas antiguas frente a las diferencias y el enfrentamiento.

Consecuentemente, en los grupos reducidos primaría el vertido respectivo de cada individuo al resto de su propio clan, su consideración del otro, su compasión hacia el otro. Y en círculos más amplios, partiendo de ese recelo o temor que nos ha explicado la autora, podría derivarse bien hacia un rechazo explícito, bien hacia una consideración integradora del otro. Y el motivo de este segundo paso habría que ir a buscarlo no tanto en la naturaleza biológica humana sino en su comportamiento social y cultural, y por ende aprendido, que se ha “montado” sobre la estructura básica (propia del *homo reciprocans*), y que depende en última instancia de la libertad responsable del individuo.

Si esto es factible es porque efectivamente nuestras estructuras constitutivas así lo posibilitan.

El ser humano está habilitado constitutivamente para el reconocimiento del otro, para el trato digno, para la compasión. De hecho, cuando el ambiente social no acompaña, siempre hay individuos capaces de sobreponerse a ese injusto orden establecido, porque son capaces de atender otras instancias, que no vienen tanto de fuera como de dentro. Y en estos casos en los que el orden establecido invita a la desconsideración y a la injusticia –se pregunta la profesora–, “¿no queda en la conciencia moral

un punto de obligación incondicionada que no se somete al juego de la reputación?”. O, dicho de otro modo: ¿no hay algo incondicionado en nuestra conciencia que nos impulse a actuar más allá de toda norma e interés personal, o más allá de todo reconocimiento social?

El ser humano es social, pero no es solo social; es biológico, pero no es solo biológico: es un ser biocultural. Es por ello que el individuo nunca será esclavo de sus determinaciones fisiológicas, pero tampoco de la presión social. Siempre habrá un resquicio mayor o menor al que solo tendrá acceso él mismo, y que “sigue siendo indispensable para que no se extinga la vida moral”.

El reconocimiento social tiene mucho peso, también nuestra herencia evolutivamente adquirida, pero asimismo lo tiene nuestra conciencia, una conciencia que está posibilitada –como digo– por nuestras estructuras constitutivas.

Y el hecho es que, cuando se apela a la conciencia, aparecen formas de vinculación ajenas al *contractualismo* y al interés egoísta, de manera que se descubren en la base de las relaciones humanas “un vínculo no establecido voluntariamente, sino que ya existe previamente, y únicamente es posible intentar romper o reforzar”. Es un vínculo de reciprocidad que “nos constituye básicamente como seres humanos”.

Como explica la profesora Cortina, sí que es cierto que estos vínculos son más fuertes entre los individuos cercanos que los lejanos. Seguramente



el desarrollo de la historia ha ido más rápido que nuestra evolución adaptativa, y nuestras capacidades morales no han podido seguirla. Pero lo que sería preciso hacer entonces es nivelar ese desequilibrio, desarrollando lo que la autora denomina “virtudes cordiales”, elemento fundamental de su conocida razón cordial. Y desarrollarlas con todos los medios posibles: educación (formal e informal), instituciones públicas y cívicas, etc., único modo de crear un caldo de cultivo que también influiría “en la conformación del cerebro y del carácter personal y social”.

En este sentido, las nuevas tecnologías nos ayudarían a sensibilizarnos frente a problemas humanos ajenos a nuestro entorno cercano; si bien la sociedad de la (des)información tiene muchos inconvenientes, esta puede ser una virtud: la de acercarnos a situaciones de injusticia radical o de flagrante dramatismo, y hacer que ya no sean tan lejanas, y activar así nuestros resortes morales más allá de un reconocimiento puramente racional y sin mayor implicación personal inconsecuente. Actitud sin duda más cercana a la de la sociedad cosmopolita soñada por Kant.

Como se puede comprobar, se trata de un libro mucho más ambicioso de lo que en primera instancia pudiera parecer.

Partiendo de una realidad tristemente extendida en nuestra sociedad, la autora ha realizado un análisis exhaustivo de la misma, de manera que se extiende a una

revisión de lo que debe ser una sociedad democrática, en la que el peso de lo institucional no mengüe ni un ápice la responsabilidad cívica en la construcción de una sociedad digna del siglo XXI; un siglo en el que el planeta “se ha encogido”, y en el que la solidaridad y la justicia deben ir adquiriendo un papel paulatinamente más relevante, ya no únicamente en el ámbito institucional (nacional e internacional), sino también en el individual, lejos de *emotivismos* y *posverdades*, para no quedarse en un mero deseo bienintencionado.

Son dos dimensiones que deben ir de la mano. Por un lado, la institucional:

“Efectivamente, para no quedar en utopía esta exigencia ha de encarnarse en leyes, y ése es el momento de la responsabilidad ética y política, que media entre el principio ético de la hospitalidad compasiva y las condiciones que lo concretan en los países, en las uniones supranacionales y en el marco global”.

Y, por el otro, la personal. Pues este reconocimiento no ha de ser únicamente patrimonio de las instituciones, sino que es preciso también “el reconocimiento cordial de que nuestras vidas están originariamente vinculadas y por eso importa hacerlas desde la compasión”.

Un libro, en fin, que da para pensar, y mucho; y sobre todo para actuar.

“Educar para nuestro tiempo exige formar ciudadanos compasivos, capaces de asumir la perspectiva de los que sufren, pero sobre todo de comprometerse con ellos”.



